



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

HABRÁ DE VERSE

Un pálido profesor joven entró una mañana en el liceo de Tacuarembó. Venía de una experiencia durísima del liceo de Rivera con su legendaria e indómita directora. Con un grupo de profesores de letras y de plástica, rápidamente conformamos un bando de pájaros.

Pallares era medido en su decir y ceremonioso en su gesticulación. Parecía mayor de lo que era. Por esos años de los Sesentas las cosas sucedían vertiginosamente. Conferencias, recitales, exposiciones, siempre con el centro cultural del liceo. Estévez, Alamón, Paolino, quien esto dice, y Ricardo Pallares. Recordamos haberle leído sólo una prosa sobre el mar. Era muy cuidadoso de mostrar sus escritos. Sólo una vez rompió ese secreto publicando en el diario *Época* (en 1966) unos poemas presentados por Saúl Ibargoyen.

Vuelto a Montevideo, sus trabajos con el inolvidable Roberto Ibáñez; sus estudios sobre Felisberto, su libro trinitario de poetas uruguayos (Marosa, Arbeleche, Benavides); su libro sobre poetas y narradores contemporáneos, del 2000, estaban levantando el velo de sus profundas preocupaciones. Fácil es ahora recordar el pensamiento de T. S. Eliot sobre quienes deben analizar poesía: los practicantes. Y Pallares, tan sutil para calar la poesía, era un oficiante casi secreto del verso.

Ahora que hemos leído y releído *El lugar del vuelo*¹, su libro de poemas, dos líneas poéticas que mucho queremos de la lírica uruguaya, nos salen al paso y saludan a su cofrade: Pedro Piccato, el "ángel amargo", con su mundo de jardines y pesadumbres, y el ala rota de su joroba, y Carlos Flores Mora, el poeta de *Poemas del Tiempo y de Lise* (1952), creador casi fantasmal de una línea de lirismo delicado y casi desterrado de nuestro Parnaso. Estos poetas son hermanos espirituales de Pallares.

El libro de Ricardo me ha parecido un vademécum. Un intento casi siempre logrado de aquello que tanto preocupaba a Pound. "El digten: condesare". La concentración en breves versos de una parvada de años, el resumir, en poemas, delicadas viñetas de la infancia, las figuras familiares que siguen acompañándonos en la vigilia y en el sueño; los viajes a los lugares claves, de nuestra historia y de nuestro logos. Pero no para traer como un turista al uso, el fragmento de mármol o terracota, sino para guardar en la magia de la palabra a Toledo o el mundo helénico; las playas del Este, con su mar de violeta. Porque es en la palabra donde todo el esfuerzo de Pallares se ha concentrado.

Sabe como Amanda Berenguer que "el vocablo es el viaje", pero también comprende que esos mundos que se nos superponen con jardincillos, escolleras, pinos marítimos, campos del norte, son otros mundos pero Eluard lo dijo: "están en éste".

Sus amores lo acompañan, la figura señera de quien fue su compañía fiel, levemente aparece, nos roza con sus gracias y su espíritu alto. Toda su pequeña familia como los jardines de Piccato, le harían decir: "Hoy podría escuchar la canción de las hadas". Eso, tal vez, le harían decir, pero Pallares anda en otra, y lo documenta en ese terrible poema "Anquises en las galaxias", donde con el lenguaje recientísimo de las computadoras entrevé el mundo antiguo: "vuelto atrás en el tiempo/ por máquina/ que sigue haciendo guerra/ Anquises niño."

Pero también se escribe en uruguayo como Cunha, como Falco, en poemas como ese "Cosas del oficio" donde el poeta se atreve a definirse que sigue marchando por cosas del oficio, aunque reconozca ese "casi sin porqué". Un casi sin porqué que sus amigos conocemos y sabemos. Aunque tengamos que reconocer la verdad de aquella cancioncilla juvenil de García Lorca que finalizaba así: "entendí, pero no explico".

¹ Ediciones del Caballo Perdido. Montevideo, 2002. (2do. premio de poesía inédita del M.E.C. correspondiente a 2001.)



**ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS**

Creo que hay sectores del libro de Pallares que contestarían de igual manera. La poesía no se hizo para entenderla. No la confundan con una proclama o un discurso (válidos ambos).

Los versos (algunos versos) te tomarán por asalto un día. Cuando estés descuidado y el corazón necesite más oxígeno. Y entonces sí. Entenderás, aunque no te lo expliques.

Para Ricardo, de Bocha Benavídes.
2002. Montevideo.